

Yasmina Khadra  
Dios no vive en La Habana

Traducido del francés por  
Wenceslao-Carlos Lozano

Alianza Editorial

Título original: *Dieu n'habite pas La Havane*

*Reservados todos los derechos.*

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

© Éditions Julliard, París, 2016

© de la traducción: Wenceslao-Carlos Lozano, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-471-8

Depósito legal: M. 22.334-2017

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*La libélula  
intenta en vano posarse  
sobre una brizna de hierba*

EL MONJE ERRANTE BASHŌ  
(1644-1694)



«**Q**UIEN SUEÑA DEMASIADO OLVIDA vivir», decía Panchito.

Encarno mi propio sueño, sin embargo me como la vida completa. Siempre busco el lado bueno de las cosas porque tienen sin duda alguno. Veo el vaso medio lleno, una forma de superar la mueca con una sonrisa, y la ira como un entusiasmo desalmado.

El mundo no tiene ninguna obligación de ser perfecto, pero nos corresponde encontrarle un sentido que nos ayude a ser algo felices. No hay mala racha que no tenga alguna salida. Basta con creer en ello. Yo creo en ello. Mi optimismo, lo cultivo en mi jardín.

Sé desde que cumplí cinco años lo que es la alegría de vivir; en cuanto a los años anteriores, no los recuerdo pero seguro que fueron magníficos ya que mis padres lo eran.

Mi madre era corista. En Trinidad, su ciudad natal, la apodaban *La Sirena Pelirroja*. Era una preciosidad, con su piel de bebé, su pelo reluciente que le caía en cascada hasta las nalgas y sus ojos verdes, relucientes como esmeraldas. Cuando mi padre la oyó cantar por primera vez, quedó

prendado de ella en cuerpo y alma. Se casaron de modo improvisado. Reinventaban su boda cada noche y la sellaban con sus abrazos; les bastaba con mirarse para que sus ojos devinieran en auroras boreales. Pocas veces se vio un amor tan fuerte. Era el amor de la gente sencilla que, sabiéndose hecha la una para la otra, no conoce más mundo que el propio.

Mi padre era un mulato alto y bien parecido, el fruto prodigioso del improbable cruce de un aristócrata lituano exiliado y de la hija de un esclavo liberto; de él había heredado los buenos modales, y de ella, la vitalidad. Con su viejo traje planchado con esmero, su sombrero calado hasta las cejas y sus zapatos recién embetunados, podía pasar por un príncipe de la noche. Aunque no consiguiera llegar a fin de mes, no nos negaba casi nada a mi hermana mayor y a mí. Decía: «Ser pobre no es carecer de dinero sino de generosidad». Habría regalado su única camisa al primero que se la hubiera pedido. Durante el día sobrevivía haciendo chapuzas y por la noche, ocasionalmente, trabajaba duro en una sala de baile por unos pocos pesos hasta que consiguió un empleo como chofer de potentados. Lo fue de Lucky Luciano, que era dueño de un hotel del Malecón, luego de un tal Brutus, una de las mayores fortunas de Cuba, que no tuvo otra que exiliarse cuando la caída de Fulgencio Batista.

Cuando estalló la Revolución, mi padre estuvo meses sin salir de casa. No por miedo, sino por principio. Para él, sacrificarse era la mayor injusticia que uno puede infligirse. «Morir por un ideal —decía— es entregar ese ideal a los

usurpadores; por mucho que los huérfanos lo reclamen, nadie se lo devolverá.»

Mi padre no creía en las ideologías que tienen más de negocio de ganado que de lavado de cerebro, ni en las revoluciones que se conforman con cambiar las tiranías en vez de derrocarlas, ni en las guerras de corta memoria que hacen creer que existen causas más valiosas que la existencia, que era lo que más le indignaba. Amaba la vida con sus altibajos, sus milagros y sus imperfecciones, sus jolgorios y sus minutos de silencio. Mi padre era capaz de componer un sueño a partir de una voluta de humo; disfrutaba de cada fiesta como si fuera a ser la última, convencido de que nuestros escasos provechos son los momentos de alegría compartidos con los seres que amamos, fuera de los cuales lo demás es mera concesión.

De él aprendí a hacer de un bocadito un festín. Fue también él quien me certificó que ser un hombre, uno de verdad, consiste en no intentar ser otra cosa que uno mismo; de este modo al menos no se engaña a nadie.

El único consejo que me dio es: «Vive *tu* vida». Decía que era el único consejo sensato.

En los años cincuenta, me llevaba a escuchar a los reyes del bolero, de la guajira, de la charanga. Así fue como descubrí esa sacrosanta caridad humana sin la cual el mundo no pasaría de ser un alboroto demencial: la música, ese don magnífico que Dios envidia a los hombres. Por los locales repletos desfilaban Celia Cruz, Eduardo Davidson, Pérez Prado y toda una fabulosa turba de músicos de pri-

mera fila. Por entonces, la juerga era permanente en La Habana, los cabarets vibraban al ritmo del chachachá, el mambo embujaba a los juerguistas y las calles eran un hormiguero de troveros y soneros, medio turulatos, ansiosos de gloria. Recuerdo que, al salir de las salas de fiesta, unas mujeres lindas y medio borrachas, se dejaban meter entre carcajadas en unos carros enormes; en los casinos de relucientes letreros luminosos, los potentados despilfarraban su dinero y, en los más recónditos barrios pobres, se veía por todas partes, ante las puertas o en las aceras, a insomnes inspirados tocando sobre cajas como si fueran tambores. La Habana era el paraíso de los ricachones de Florida, de las «familias» de Baltimore, de los contrabandistas de licores y de los padrinos convalecientes; los círculos mundanos parecían ciudadelas inconquistables donde solo se admitía a gente de cuello blanco; sin embargo, pese a la discriminación que afectaba hasta a nuestros gobernantes, a los negros y mulatos no se nos prohibía fantasear por las afueras de las grandes juergas. Teníamos derecho a morirnos de hambre, pero no a poner mala cara al eco de las percusiones.

Una noche, en una sala llena a rebosar, asistí a un concierto de *El bárbaro del ritmo*, el inimitable Benny Moré.

¡Tremendo impacto!

Acababa de encontrar a *mi* profeta.

Tenía diez años y, por lo tanto, toda la vida por delante para hacer de la música un culto y convertir cada partitura en una misa.

Así fue como me hice cantante.

Me llamo Juan del Monte Jonava y tengo cincuenta y nueve años. En el oficio se me conoce como Don Fuego porque incendio los cabarets donde actúo.

Mi madre me inició en el canto llevándome en su vientre. Al parirme, mis berridos resonaron por todo el hospital; dicen que las enfermeras me pellizcaban los dedos de los pies para obligarme a llorar, maravilladas por la pureza de mi voz. Seguro que los escépticos estarán pensando que exagero. Están en su derecho. Me limito a repetir lo que me han contado.

Mi carrera podría resumirse por mi repertorio de estándares, o sea, canciones cantadas antes por otros, pues a pesar de mi virtuosismo no he conseguido que ningún compositor o letrista se interese por mí. Conozco todos los éxitos rumberos y soneros, que interpreto con brío, pero nadie me ha gratificado con unas letras que sean mías, solo mías, con mi nombre impreso en el disco. Por supuesto, me gustaría editar un éxito con *mi* foto en la carátula, sonar a tope en los clubs con *mis* propias canciones o escuchar *mi* música distraídamente en una guagua mientras la gente se desvive preguntándose si se trata efectivamente de mí o de un doble; pero, por desgracia, las cosas se mueven con su propio compás. Si dijera que en el fondo me da igual estaría mintiendo. Soy un artista nato; eso de ir de segundón me frustra cuando, al mirarme al espejo, siento que por lo que soy me merezco mucho más. Pero no me hundo por ello. Que no haya triunfado no quita ni una pizca a mi talento.

Cuando cojo el micrófono para cantar, siento inmediatamente una excitación, es como si dejaran de existir el ayer y el mañana, y regreso a mi casa tan cansado y feliz que me quedo rendido antes de caer en la cama.

En mi juventud viví periodos de euforia, tal como se lee en mis recortes de periódico; de hecho, mi apodo lo debo a un periodista. Interpreté *Hasta siempre* delante de Fidel, canté en dos ocasiones por el cumpleaños de Gabriel García Márquez, así como para un montón de dirigentes soviéticos de visita oficial; hasta me filmaron en una película junto a la genial Mirtha Ibarra, aunque quedé fuera después del montaje, no sé por qué motivo.

Hoy, aunque no vuelvo locas a las masas, el entusiasmo no ha disminuido ni un poquito.

Trabajo en el Buena Vista Café, en su día Buena Vista Palace, que tanto les gustaba a los derrochadores de Cincinnati, rebajado por la Revolución a la categoría de «café» proletario. El lugar todavía conserva algún vestigio de su antiguo lustre: su fachada imperial revestida de mármol, la escalinata con sus columnas, el césped bajo las matas de coco y el vestíbulo amplio lleno de espejos; aunque, eso sí, el mantenimiento y el servicio dejan mucho que desear.

Sin duda, el público de hoy es distinto: antiguas fans, turistas entrados en años, fumadores de tabaco, jovencitas descaradas... Pero, así y todo, sigo siendo el gran hacedor de las noches locas, el conjurador de los viejos demonios. Me basta con carraspear para que la gente olvide sus penas y se lance a la pista de baile.

Hay que verme sobre el escenario, con mi sombrero panamá rojo intenso con cinta, mi moño y mis andares. Cuando adelanto el pecho apoyándome sobre una pierna y marcando el compás con la punta del pie, enseñando despechugado mis recios pectorales, a veces ocurre que alguna de esas mujeres se desmaye.

Si la gente sigue frecuentando el «Café», es gracias a mí, Don Fuego, el aliento incendiario del Caribe.

Cantar es mi vida.

Soy una voz; todo lo demás: cabeza, piernas, brazos, corazón, vientre, son simples accesorios.

ESTA NOCHE, COMO las anteriores y, sin duda, las que seguirán, me va a sobrar compostura.

No hace demasiado calor para la temporada, la puesta de sol es una maravilla y, a juzgar por la cantidad de taxis que hay en el parqueo del Buena Vista Café, esto se va a poner muy pronto hasta el tope.

Me estremezco de gusto.

—El director quiere verte *después* del espectáculo —me anuncia Luis, el portero.

Normalmente, el director me convoca *antes*, solo para conversar un rato por lo aburrido que está en su cuchitril.

Vuelvo sobre mis pasos, arqueo una ceja e intento retener la mirada huidiza del portero.

—¿Seguro que ha dicho «después» y no «antes»?

—La dentadura la tengo muy mal, pero oigo muy bien.

—Siempre se marcha a media función, ¿por qué se queda hoy hasta el final? ¿Crees que tiene algún problema?

—Ni lo sé ni me importa —refunfuña a la vez que avisa con la mano a un taxi.

Luis es portero del Buena Vista desde hace veintidós años. En Cuba algunos porteros se ponen unos galones más anchos que los hombros. Luis es el ejemplo perfecto. Además de su cometido consistente en abrir un paraguas o cargar con maletas de clientes, se asigna prerrogativas de agente de seguridad: filtra la afluencia, ahuyenta a las jineteras cazadoras de vejstorios extranjeros con cartera abultada, también chivatea para estar de buenas con el jefe, pero su actividad predilecta son los taxis para turistas. Apenas ve llegar uno, los ojos le relucen y su boca de pit bull alarga su sonrisa edulcorada de oreja a oreja. Baja la escalinata a la carrera y, a la vez que abre la puerta con una mano, reclama su propina con la otra. En el Café lo llaman *El Mago* por su habilidad para escamotear las monedas con tal rapidez que no hay ojo capaz de captar a cuál de sus bolsillos han ido a parar.

Me quedo observando a Luis desde lo alto de la escalinata. Viéndolo coger los pesos con esa rapidez de prestidigitador, deduzco que el «después» no es más que una falsa alarma.

Todo está listo para la fiesta que se va a celebrar en el patio: micrófonos en su sitio, focos apuntando al estrado, cables bien colocados. Los técnicos de sonido hacen las últimas pruebas.

Mis bailarinas se han metido en sus ropas apretadas, que destacan las míticas curvas de sus caderas, y chismorrear

con los músicos en los vestuarios. Las saludo y me dirijo rápidamente a mi camerino, donde dispongo de un armario metálico traído de un cuartel militar y de un canapé para relajarme. En el armario cerrado con candado guardo mi panamá, mi chaqueta Christian Dior comprada en París y amistosamente regalada por la esposa de un diplomático belga, mi camisa de seda, regalo de una canadiense, mi pantalón de franela y mis zapatos italianos de punta herrada. Es imposible encontrar artículos de esa calidad en las tiendas de La Habana. A menudo me encuentro mis trajes de escenario doblados con esmero sobre la cama de mis conquistas ocasionales, por lo general jóvenes sesentonas procedentes de países lejanos en busca del exotismo insular cuya suculencia en activo encarno eventualmente. No me acuesto con ellas por placer, y menos aún por dinero, sino para alojarme en los recuerdos de esas trotamundos ricachonas como si fuera un museo o un monumento más. Eso me produce la ilusión de estar recorriendo mundo con ellas, ya que nunca he salido de Cuba.

Al caer la noche, la orquesta empieza tocando *María Bonita* para que los últimos que lleguen se vayan ambientando. Levanto levemente una cortina para echar una ojeada al patio. Unos sesenta turistas están acomodados en sus asientos colocados sobre el césped. Los camareros siguen sirviendo bebidas, haciendo equilibrismo con sus bandejas. Algo apartado, un anciano parapléjico dormita en su silla de ruedas con la boca abierta y un hilo de saliva colgándole hasta la barbilla. Al fondo, dos señoras en *short* ya están meneando

sus caderas con la mirada fija en un hermoso semental negro claramente halagado por el interés que le prestan.

Estoy ansioso por salir al escenario. Me tiembla el cuerpo como si buscara desprenderse de mi ropa para echar a correr desnudo al aire libre. Tengo el corazón desbocado, como siempre que voy a actuar desde hace treinta y cinco años. Es un momento de exquisita intensidad. Me siento como si estuviera a punto de obrar milagros, de hacer chispar las toxinas, de convertir los estremecimientos en orgasmos. Y cuánto me enorgullece que, gracias a mí, un anciano recobre energías como para menear su viejo esqueleto al ritmo de las tumbadoras, que las parejas bailen abrazadas como si estuvieran empezando su idilio y que hasta las mosquitas muertas de pechos caídos acaben dirigiéndose a la pista de baile para marcar unos pasitos. Esta es mi propia felicidad, que nunca está completa si no es compartida.

Estoy a punto de reventar de los nervios cuando por fin los focos apuntan hacia la entrada al escenario para anunciarme a bombo y platillo y aparezco justo cuando los músicos inician los primeros acordes de *Chan Chan*.

Después de unos cuantos éxitos, el auditorio ya está caliente, y cuando llega la rumba, unos turistas toman la pista por asalto tratando de no echar a perder la coreografía de mis bailarinas. Algunos sacan sus iPad para filmarme, otros sus celulares o cámaras diminutas. Una enorme pelirroja que me lleva una buena cabeza se coloca a mi lado para que su compañero, un tipo muy flaco con sombrero de cazador, nos saque unas fotos.

La medianoche, el ambiente está en su apoteosis. La pista está repleta de cuerpos sudorosos, de pies enmarañados que se pisan unos a otros, demasiado desacompañados para poder ligar tan endiabladas cadencias. Unas fans gravitan a mi alrededor con la mirada enardecida, boquiabiertas, y me rozan con sus caderas vibrantes antes de regresar a sus asientos, ebrias y jadeantes, para comerme con los ojos.

Hacia el final de la noche, un señor con *short* estampado con flores me pide que le cante *La negra tiene tumbao*, de Celia Cruz, cosa que no hago. Luego me confesará que la muerte de la diva cubana, a cuyos recitales solía asistir allá donde se produjeran, lo había dejado como huérfano.

A modo de fin de fiesta, mis bailarinas invitan a todo el público a reunirse en la pista para cantar a coro la *Guantanamera* en una coreografía emocionante.



**N**O HE TERMINADO DE cambiarme de ropa cuando Luis golpea con el dedo su reloj para señalarme que el director se está impacientando. Me paso el peine por la cabeza, me estiro el moño y, tras guiñarme un ojo en el espejo, subo al piso.

El despacho del director está al final del pasillo. Es un cuartucho austero con rejas en las ventanas, una mesa de cantina de bordes carcomidos, dos sillas de hierro, un refrigerador minúsculo en una esquina, un viejo baúl y, colgando del techo, un bombillo manchado de cacas de moscas. Pedro Parveras administra el Buena Vista desde hace al menos veinte años. Pasa tanto tiempo sentado allí, picoteando y mirándose el ombligo, que se ha vuelto obeso. Tiene un hermoso rostro moreno cuyos finos rasgos contrastan con la flacidez de su cuerpo, que se va ensanchando de arriba abajo hasta abultarse deformemente a la altura de la cadera. A Pedro no le hace mucha gracia tener que levantarse, es pequeño de estatura y tiene las piernas arqueadas. Lo que le va es permanecer sentado con las manos cruzadas sobre su barriga de Buda meditabundo. A pesar de haber cumpli-

do los cincuenta, no asoma una sola cana por su crespada pelambre.

Es una buena persona, un tanto cargante pero comprensivo y generoso. Por mucho que Luis se ponga a criticar a la gente, nunca ha tomado represalias contra nadie; se limita a escuchar distraídamente al chivato, a asentir con la cabeza mordisqueándose el labio y luego a prometer unas sanciones que nunca aplica y pedir que lo dejen clasificar unas notas de servicio amarillas de pura antigüedad.

No me gusta la cara que trae.

Me señala una silla, me ofrece una cerveza que rechazo sin sentarme.

—Estás muerto de sueño —le digo—. ¿No podía esperar a mañana?

—Mañana será otro día, Juan.

Se lleva a la boca lo que queda de su cigarro, lo enciende y se pone de lado para no echarme el humo a la cara.

—Todo tiene un final —murmura enigmático.

—Deja de dar tantas vueltas, Pedro. Ve al grano. Es por el incidente con Marcus, ¿no es así?

—¿Qué ha pasado con ese cretino? No estoy al tanto.

—Entonces, ¿por qué haces que me llamen después del espectáculo? Necesito descansar. ¿Viste como puse a gozar al público?

—Sí, he estado viendo por la ventana.

—¿Cuál es pues el problema?

Pedro da las últimas chupadas con hosquedad a su cigarro antes de aplastarlo en el cenicero.

—Este viejo local ya no está para más trotes, mi hermano. A partir de esta medianoche cambia de estatuto. —Mira su reloj—. Y ya es la una y media.

—¿Qué me estás diciendo?

—El Buena Vista deja de existir. Una señora de Miami lo acaba de comprar conforme a la privatización decidida por el Partido.

Me quedo como si me acabaran de echar encima un jarro de agua fría.

Se me atragantan las palabras.

—El Buena Vista es un bien estatal, es patrimonio nacional...

—Todos pertenecemos al Estado, Juan. Nuestras casas, nuestras carreras, nuestras preocupaciones, nuestro dinero, nuestros perros, nuestras esposas y nuestras putas, hasta las cuerdas con las que nos ahorcarán algún día. Y cuando el Estado decide prescindir de nosotros, está en su derecho.

Pedro está furioso. Mis preguntas lo irritan, pero lo que más lo jode son sus propias palabras. Se pasa con nerviosismo la mano por el pelo.

—Yo estoy tan indignado como tú, Juan, pero eso no cambia nada.

—¿Cómo son los nuevos dueños?

—No los conozco y tampoco sé si van a mantener a parte del personal o a botarnos a todos. La nueva propietaria va a hacer obras de restauración y, por tanto, se acabaron las funciones hasta nueva orden.

—¿Cuánto van a durar esas obras?

—Puede que seis meses, o lo mismo un año...

Ahora caigo en la cuenta de lo que me está contando y se me cae el alma a los pies.

—¿Y dónde voy a actuar yo durante esos seis meses?

—Aquí no, eso está claro.

—Pero Pedro, tú me conoces... Si no canto me muero.

—Morir nos morimos todos un día u otro.

—¡Cómo me pueden hacer esto a mí, por favor! Soy Don Fuego, el rey del mambo.

—Haz el favor, Juan, déjate ya de tanto «Don». Es contrarrevolucionario.

Me entran ganas de gritarle que la Revolución, por mucho que formatee las mentes, es incapaz de expurgar nuestros genes de la herencia milenaria de la humanidad, que mi «Don» no es un residuo feudal subversivo sino un título de nobleza artística sobradamente merecido. Me entran ganas de soltárselo a bocajarro, pero este asunto de las obras me tiene tan conmocionado que supera todo lo demás.

—Espera, espera, Pedro. No parece darte cuenta. Me estás anunciando que puede que no vuelva a pisar un escenario en seis meses. No podré aguantar tanto tiempo. Para mí seis meses son como mil años.

—He dicho seis meses o un año. Y hasta podría ser más. Y no he dicho que, una vez acabadas las obras, los nuevos dueños vayan a volver a contratarte. A partir de ahora será un local privado. Esta gente tendrá su propio equipo y sus propios artistas. Por lo que he oído contar, el Buena Vista quedará reservado para turistas más bien jóve-

nes y para los afortunados hijos de la nomenclatura. Y ya de noche, el ambiente irá de reguetón.

—¿Reguetón en el Buena Vista? —Se me corta la respiración—. ¡Reguetón, esa música escandalosa para comierdas, aquí, en nuestro local!

—Así es, compañero, reguetón en el Buena Vista.

—No lo puedo creer.

—Ya puedes no creer en los ángeles ni en el paraíso, eso no impide que las campanas sigan sonando en las iglesias.

Estoy de muy mal humor, no sé si me indigna más lo de la privatización del local o que el reguetón suplante una música que es el orgullo de los cubanos.

Meneo la cabeza, escandalizado.

—Nadie tiene derecho a permitir que una música escandalosa y degenerada desbanque a la rumba.

—Cada generación adopta la música que le conviene, Juan. El tiempo acaba con todo.

—Es una vergüenza, un sacrilegio. Cuba es la patria de la rumba y del son. Es nuestra referencia, nuestra identidad, nuestra excepción cultural en el mundo.

Pedro está cansado. Se agarra la barbilla entre el índice y el pulgar y me mira fijamente con sus ojos enrojecidos.

—¿Le has hablado de mí a la señora?

—No te volverá a contratar. Ni a mí tampoco.

—Sí, pero tú eres un funcionario fijo. Te colocarán en otra parte.

—Lo siento mucho, Juan. Con esto no se acaba el mundo. Tienes un sueldo garantizado por el Estado, tu li-

breta de la bodega y bastante tiempo por delante para buscarte algo en un cabaret o en algún hotel.

—Se trata del Buena Vista. Un local indisociable de La Habana. No hay derecho a que lo pongan en manos de unos oportunistas. Eres el director, debes oponerte a ese cambio contra natura y aleccionar a los que mandan.

Pedro suelta tal puñetazo sobre la mesa que el cenicero hace una pirueta en el aire antes de estrellarse en el suelo.

—¡Basta ya!

Su cara se torna gris-violácea y los labios se le retuercen en una mueca feroz.

—No admito que se me diga lo que tengo que hacer, lo que está bien o está mal, lo que es justo o deja de serlo. Tengo mi propio criterio y solo a mí me corresponde creer o no en la fatalidad, porque cuando me duele el culo, nadie comparte conmigo ese dolor.

Es la primera vez que Pedro se pone así conmigo.

Cambia de tono.

—No sirve de nada indignarse —prosigue con la voz quebrada—. Estoy tan escandalizado como tú, Juan. El Buena Vista representa veinte años de mi vida, pero no es *la* vida. En este país las órdenes se ejecutan sin discutir.

Se le saltan las lágrimas. Aprieta los puños para contener un sollozo. Su rabia me conmueve. Me percató de que mi obcecación no ha hecho más que avivar lo que estaba intentando reprimir.

—Lo siento si te he ofendido, Pedro.

—Las excusas están para quienes se meten donde no los llaman. Ya es tarde, voy a acostarme.

Me quedo estupefacto al oírme susurrarle:

—Debiste avisarme antes.

—No habría servido de nada, Juan, de nada. Al menos, esta noche te has despedido apoteósicamente.

—¡Pues menuda mierdera! —murmuro levantándome.

VOY AL BAÑO ARRASTRANDO los pies, me echo agua en la cara. Me noto mareado. Debo apoyarme en el lavabo para no caer al suelo. Pedro podría haber esperado a mañana para anunciarme tan tremenda noticia. ¡A ver cómo consigo dormir esta noche!

Bajo las escaleras como quien se baja de su nube. Es la primera vez en treinta y cinco años que me enfrento a una situación como esta. Convencido como estaba de que había nacido para morir sobre un escenario, jamás me había rondado el espectro de la jubilación, y menos aún el del despido.

Este asunto de la privatización me resulta tan incongruente como el futuro que me espera a la vuelta de la esquina. No sé cómo entenderlo ni abordarlo.

Luis está tumbado con la cabeza apoyada sobre un escalón. Ni siquiera se mueve cuando paso a su lado.

Mi primo Félix me espera en la esquina de la calle en su viejo Dodge de 1954 con el que ejerce de taxista colectivo. Explica laboriosamente a un grupo de turistas que no está de servicio, pero de poco le sirve con su azaroso inglés.

Se siente aliviado al verme aparecer.

—Juan, échame una mano. Diles a estas señoras que no estoy libre. Pretenden que las lleve a Cojímar a visitar la casa de Ernest Hemingway y creen que se lo estoy complicando para cobrarles más.

Las tres señoronas, a las que acompaña un tipo alto y tieso como un mástil, me reconocen y se abalanzan sobre mí. Sin previo aviso, se agarran a mis caderas, estremecidas de gusto, para hacerse fotos. Una de ellas me confiesa con acento escandinavo que he estado «divino». La más regordeta se acurruca amorosamente en uno de mis hombros. «Es para mi Facebook —cloquea—. Mis amigas se van a morir de envidia.» Destellos de *flashes* como sortilegios plateados. Intento poner cara de seductor a sabiendas de que mi sombría mirada me delatará.

—La semana que viene, cuando regresemos de Santiago de Cuba, volveremos para escucharle cantar —me promete el hombre.

La semana que viene... pienso para mis adentros. Esta gente se mueve por otro almanaque.

Las mujeres me llenan las mejillas de besos estrepitosos en medio del silencio. Les explico que ese taxi me estaba esperando a mí. No insisten y corren hacia otro carro que acaba de parquear en la acera de enfrente.

—Pues sí que has tardado... —me espeta Félix con una sonrisa pícara—. ¿A qué viene tanto retraso? ¿Una italiana calentona o una de esas noruegas buenísimas y rubiajas?

—Vete a tu casa, Félix. Necesito caminar un poco.

—¿Qué me dices, si son casi las dos de la mañana!

—Ya sé la hora que es.

Me mira de cerca con cierta preocupación.

—¿Algún problema, Juan?

—Nada del otro mundo.

—¿Seguro?

—Mira, primo, si estuviéramos seguros de todo, esta vida no valdría una mierda.

Me cuesta reconocer mi propia voz. No recuerdo haberme sentido jamás tan infeliz. No estoy hecho al desamparo, por lo que no sé cómo plantarle cara a esto. En mi vida solo he «padecido» ovaciones y palmaditas en el hombro.

—¿No vas a contarme lo que te pasa?

Tampoco él recuerda haberme visto tan abatido.

—No te preocupes, Félix. Tengo ganas de caminar por el Malecón antes de regresar a Casablanca.

—No hay lanchita a esta hora. ¿Cómo piensas atravesar la bahía?

—Caminaré sobre las aguas.

Desde la acera de enfrente, las mujeres se despiden de mí haciendo aspavientos con sus brazos antes de adentrarse en otro viejo cacharro que arranca renqueando y crujiendo por los cuatro costados, dejando detrás un silencio aún más desolador.

Cruzo la acera y camino calle arriba.

—¡Oye, Juan!, ¿seguro que no pasa nada? —insiste Félix.

—¡No ves que puedo caminar! —refunfuño sin darme la vuelta.

Un nubarrón se traga la luna. Al final de la calle, una farola asediada por luciérnagas exhibe su aureola de santi-

dad. Una familia toma el fresco ante la puerta de su casa, ellos en ropas menores y ellas hundidas en sus balances. La vida sigue igual, como si tal cosa. Nada parece haberse movido; en cambio yo no me reconozco a mí mismo y me siento ajeno a todo lo que me rodea.

HAY MUCHA GENTE en el hotel Nacional, probablemente una boda o un congreso rematando la fiesta en el bar. Una fila de carros va recogiendo a la gente ante la entrada entre el ruido de las puertas y las voces sueltas.

Bajo por la avenida hasta el semáforo, llego al parapeto que bordea el mar. Unos grupitos de noctívagos insomnes parlotean entre trago y trago. Los sábados, muchos jóvenes se reúnen allí, sentados sobre el muro de espaldas a la ciudad con la mirada perdida en sus sueños de evasión. Luego, cuando el oleaje se va encrespando, cada cual regresa a su mundo para darse ánimo emborrachándose y hacer algo de caso a la noviecita muerta de aburrimiento.

Esta noche unos pocos se empeñan en plantar cara a las olas, demasiado curdas para pensar en volver a casa. El vaivén marino contribuye al embrutecimiento generalizado. Normalmente, me gusta quedarme a escuchar el estrepitoso impacto del agua contra el cemento con su lechoso espumarajo. Para mí todo es música, incluso el staccato de los zapatos sobre la acera. Esta noche, hasta una sinfonía me sonaría a abucheo; me siento expulsado de mi tierra.